

ELVIRA VALGAÑÓN

# Invierno

## ÍNDICE

Asustacuervos .....	7
1. El soldadito de plomo (1809) .....	11
2. La reina de las nieves (1942) .....	21
3. El enano saltarín (1957) .....	53
4. El flautista de Hamelín (1963) .....	79
5. El soldadito de plomo (1965) .....	95
6. El otro soldadito de plomo (1965) ....	101
7. La reina de las nieves (1965) .....	117
Asustacuervos .....	129

## ASUSTACUERVOS

—Nos está mirando uno.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunta el otro, asomando la cabeza por encima del muro.

—Ese.

Cuando se marchan, él vuelve a quedarse solo.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero se dará cuenta de que faltan avellanas de su árbol y de que unos pies que no son sus pies han pisoteado los renques de las berzas.

Y puede que lo mire enfadado, como si no se acordara de que él está ahí para otra cosa. Pero enseguida dirá: Como los coja. Y recogerá del suelo el sombrero que ha volado de una pedrada y se lo pondrá, murmurando un juramento. Y le pondrá bien la chaqueta medio caída y le dará una palmadita en el hombro. ¡Ay de ellos, como los coja!, dirá entre dientes.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero viene todas las tardes. Tiene la piel curtida por el sol y las manos ásperas. De trabajar la tierra. De segar con el dalle la hierba de los *praos*. A veces se acerca él y le pone bien el sombrero o le rellena de paja un

brazo que se le ha ido quedando vacío. A él le gusta su compañía. Y que silbe mientras arregla los renques o planta patatas o recoge caparrones. Y que se remangué las mangas de la camisa hasta los codos. Y que mire a las nubes con aire retador cuando viene el verano y no le traen el agua que necesita la hierba. Y que a veces canturree canciones que él no conoce. Y que a veces hable en voz alta pensando que habla solo pero hablándole a él.

—Este año no maduran —dice resignado, mirando las tomatas cargadas de tomates verdes y duros como piedras.

—Estas patatas no valen nada —dice.

—Ese manzano hay que podarlo —dice chasqueando la lengua.

El hombre que le puso la chaqueta y el sombrero viene todos los días a la huerta. Pero ahora ya no tiene que regar, ni arrancar las malas hierbas, ni se sienta un rato a la sombra del manzano antes de marcharse.

Ahora que las noches son frías y la tierra ya no se ahueca cuando sale el sol, solo quedan en la huerta las berzas y las acelgas. Y algunos puerros. Y la huerta, que es la misma, parece otra.

Ahora, por las tardes, la niebla que baja de los montes se enreda en las ramas de los árboles y, al amanecer, el zagal que conduce a las ovejas hacia el barranco de la dehesa camina encogido y se frota las manos para espantar el frío. A él lo despiertan cada día los cencerros que pasan junto a su muro. Al removerse nota en los brazos cristales de escarcha y el tacto apelmazado de los faldones de su chaqueta y eso es que se acerca el invierno.

## I. EL SOLDADITO DE PLOMO (1809)

Notó la camisa empapada y un escalofrío largo que le recorrió la espalda. Eso quería decir que todavía estaba vivo. Le ardía la garganta. Se estiró todo lo que pudo para sorber las gotas de agua que quedaban sobre las briznas de hierba y tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor. Antes de volver a desmayarse se acordó de los otros tres.

Marton. Éliás. Gazsi. Muertos. Se había alejado de ellos con la culpa de no haberlos enterrado. Pero tuvo miedo de que volvieran los brigantes y descubrieran que a él lo habían dejado vivo. Eran siete. Les habían quitado las armas y las botas. Les habían hecho andar descalzos mucho rato, como si no supieran qué hacer con ellos. Cuando se cansaron, les mandaron parar, se bajaron de los caballos y los cosieron a bayonetazos.

Pero él se despertó.

Al ver a los otros supo que a él lo habían dejado también por muerto.

Estoy vivo, pensó y se llevó la mano a la herida del costado para parar la sangre. Marton había caído a su lado y tenía los ojos abiertos. Estiró el brazo para cerrárselos. Éliás y Gazsi habían caído bocabajo, no les veía la cara. A pesar del miedo, contuvo el impulso de levantarse. Estoy vivo, se repitió, y se obligó a esperar allí, sin moverse, a que estuviera oscuro.

Cuando anocheció, se levantó por fin. Tambaleándose, se internó en un hayedo y, cuando ya no pudo caminar más, se dejó

caer contra un árbol hasta que quedó tumbado sobre el suelo mullido de musgo y hojas muertas.

Vagó por los montes muchos días, sin saber a dónde ir, con el miedo de que volvieran a encontrarlo. Los suyos o los otros. A los desertores los fusilaban. Los suyos y los otros. Seis días. O diez. No sabía. Se había lavado las heridas en un río. Se las vendó como pudo con jirones que arrancó de la camisa. La del costado era profunda y le dolía todo el tiempo. A veces soltaba un líquido marrón que olía mal. A veces el dolor le cortaba la respiración y tenía que detenerse un rato para recuperar el aliento. Tenía los pies en carne viva. No se atrevía a hacer fuego.

Por las noches buscaba el cobijo de los árboles, pero lo despertaba el frío. Los jabalíes que hozaban la tierra. Los aullidos de los lobos.

La calentura le traía fantasmas. Una tarde, mientras comía un puñado de africes, Marton se sentó a su lado y le ofreció agua de su cantimplora. Él lo miró con los ojos muy abiertos. La herida de la pierna también le había empezado a oler mal. Me voy a morir, pensó. Y no quiso morir en el monte como un animal.

Bajó por el barranco de las hayas buscando los caminos que había dejado atrás y no paró de andar hasta que no pudo más. Al amanecer lo despertaron cencerros de ovejas y, a lo lejos, vio al zagal que subía con el rebaño por el sendero que llevaba a la dehesa. Como pudo se levantó y echó a andar de nuevo.

Había pasado junto a otro río y junto a una huerta guardada por un espantapájaros que lo miró con lástima. Eso le pareció. Había saltado la cerradura de un prao para comer avellanas, pero no fue capaz de partirlas.

Estaba cerca de un pueblo.

## 2. LA REINA DE LAS NIEVES (1942)

### LA CASA DE LOS MAESTROS

La casa de los maestros estaba cerca de las escuelas. Tenía un escudo de piedra con agujeros, una veleta de gallo con la cresta partida y un patio con un nogal.

Fue cosa de don José el Cubano que aquella casa en la que había nacido él —la que mandó arreglar cuando volvió de América, la que tenía un escudo que mandó poner él, igual que el que le habían puesto en la del Prao del Francés, solo que más pequeño— quedara para casa de los maestros del pueblo. Hasta entonces, contaban los viejos, los maestros habían dormido siempre en las mismas escuelas, en un cuarto que les dejaba para vivir el Ayuntamiento.

Cuando llegó al pueblo don Luis, el maestro nuevo, aún quedaban algunos que recordaban a don José. Y muchos que repetían las historias que les habían oído contar a otros. La de los pájaros de colores, la de la casa de las pérdidas, la de la carrera que hubo en la dehesa, la de la casa del Prao del Francés... A don José enseguida empezaron a llamarlo en el pueblo el Cubano, aunque no estuvo nunca en Cuba. Venía de América, eso sí. Venía viudo y sin hijos. Y muy rico. Pero su regreso quizá no hubiera tenido nada de extraordinario, otros había que se iban de su pueblo y volvían a la tierra con la fortuna hecha y dineros para hacerse casa o arreglar el coro de la iglesia o regalar unos ciriales o un sagrario de plata, de no haber sido porque estuvo precedido por aquel en-

viado suyo que llegó dos años antes que él y trajo el encargo de la construcción de la casa. La del Prao del Francés, que tanto daría que hablar en el pueblo y que, a los pocos meses de la muerte de don José, cuando se marcharon los últimos criados que quedaban y clausuraron los salones de techos altísimos, cubriendo los muebles con sábanas, descolgando una por una las lámparas, quedó abandonada a su suerte, a merced del tiempo implacable y de las noches frías. Así la conoció don Luis, el maestro nuevo. Habitada por fantasmas, devorada por la escarcha de los años, que había carcomido los azulejos de las fuentes y reducido a polvo brillante los cristales del invernadero, a la espera de aquellos misteriosos herederos ultramarinos sobre los que se habían hecho también mil conjeturas, pues siempre parecían a punto de llegar para reclamar lo que era suyo pero nunca terminaron de aparecer, convencidos tal vez de que no se les había perdido nada en aquel lejano pueblo de España, donde, les habría contado el señor Reitman cuando acudió a transmitirles las últimas voluntades del difunto, el invierno duraba el año entero.

Mozo y sin un real en el bolsillo había marchado don José a América, como tantos otros. Pero él volvió viudo y sin hijos, y muy rico, convertido sin querer en todo un personaje del que hablarían los hombres en la taberna y las mujeres en el río. Nada más llegar, don José se instaló en su casa recién terminada, con escudo —solo la Casa Grande de don Cosme era más alta y tenía más ventanas y balcones—, se compró un faetón y dos caballos palominos y contrató a Luciano, el de la banda de Cerveda, que era alto y buen mozo y sabía llevar bien el uniforme, para que fuera su cochero y le cuidara el faetón y los caballos palominos.

Dos años antes había hecho venir al pueblo a aquel extraño hombrecillo de fino bigote que iba a todas partes ataviado con bombín y terno inglés y envuelto en un abrigo de nutria, largo hasta los tobillos, que no se quitó ni en los días de más calor de los dos veranos que pasó en el pueblo. Se instaló en la fonda de Beni-



### 3. EL ENANO SALTARÍN (1957)

Al principio no lo reconocieron.

Ni el jefe de estación de Cerveda, que lo vio en las escalerillas del tren, encorvado por el frío, subiéndose los cuellos de la chaqueta con manos temblorosas antes de bajar al andén. Ni el de la quesería, que se ofreció a llevarlo en su carro porque a esas horas ya no había coches de línea que subieran al pueblo. Échese usted esa manta encima, hombre, le dijo, que se va a helar. Ni los del bar, que cavilaban entre el humo y el dominó cuánto duraría el invierno y lo vieron entrar resoplando de frío, sin abrigo ni guantes, vestido con un traje color crema al que empezaban a clarearle los codos y las rodillas y con los bajos del pantalón rígidos de hielo. Tan encogido que aún parecía más menudo de lo que era.

Traía nieve en el ala del sombrero, los zapatos manchados de barro, una sola maleta de piel descolorida. En la puerta saludó con una inclinación de cabeza y enseguida se acercó a la estufa, arriando las manos temblorosas a la panza enrojecida por el fuego. En el suelo cubierto de paja dejó un reguero de agua y nieve sucia.

Sin quitarse la bufanda que le tapaba la boca, se sacudió la nieve de los hombros y del sombrero, y se frotaba las manos amaratadas dando saltitos paticojos frente a la estufa, taconeando para limpiarse el barro helado que se le había pegado a los zapatos.

Los del bar lo miraban con curiosidad, como si esperaran que fuera a echar a volar en cualquier momento, la ficha de dominó alzada en el aire unos segundos de más antes de golpear la mesa,

las cartas recogidas en las manos, los cigarros húmedos en las comisuras de los labios, los vasos quietos, mudo el dedo que delectaba trabajosamente las noticias del periódico.

—¿Qué va a ser?

—Un vino.

Enseguida volvió a las mesas el murmullo de las conversaciones interrumpidas, los chotos del alcalde, las manzanas del Prao Alto, envido más, parece forastero, órdago a pares, la carretera nueva, no. Él se acercó a la barra a por el vaso. Se lo bebió de un trago para distraer el frío y esconder el temblor de las manos. Luego le pidió con un gesto a Anselmo que se lo rellenara y se sentó en una mesa algo alejada del resto, sin decidirse a hablar con nadie. De cuando en cuando alguno lo miraba un momento por el rabillo del ojo, bien arrimado a la estufa, la bufanda doblada sobre la mesa, la mirada un poco ida, como si aún no estuviera allí del todo, agotado por el viaje largo, todavía con el frío en el cuerpo. Se da un aire, sí... Paso. Al difunto Julián. Al difunto Julián... Paso. ¿El del carbonero? No sé yo..., envido. Sí, el que se marchó. Dos más. Puede ser. Van cuatro a grande. El que se marchó. Quiero. El del carbonero.

Con los vinos y el calor de la estufa empezaron a volverle los colores y por fin sacó del bolsillo de la chaqueta una pitillera manoseada para encender el último cigarrillo que le quedaba, poco a poco recobrando el ánimo, buscando algún rostro familiar entre el humo del bar, tantos años hacía... Pero los olores eran los mismos que él recordaba, la nieve helada, el humo de las chimeneas, pucheros hirviendo en los fogones de las casas, el aliento cálido de las bestias que dormitaban en las cuadras. Y lo otro también, como él lo recordaba, el reloj de la iglesia, el frontón con los números medio borrados, el san Antonio que reposaba en la repisa de una ventana del bar, el mismo, tenía que ser, al que le rezaban rosarios en casa, el santo en la cómoda y la voz de su madre, dulce y monótona, de madre, *ora pro nobis*, las manos, enrojecidas y agrietadas de lavar, repasando las cuentas del rosario. Cuando se despidieron

## ASUSTACUERVOS

A media tarde lo despierta un breve cosquilleo, una hormiga o una araña pequeña que le anda sin rumbo por el brazo.

Enseguida se acostumbra a la luz. Se despereza. Se coloca bien el sombrero. Echa hacia atrás la cabeza para que le dé el sol en la cara. Sabe que el sol se mueve y que al moverse dibuja una figura oscura sobre la tierra y eso es su sombra. Sabe que pronto vendrán a coger los últimos tomates porque ya están casi maduros y las noches empiezan a ser frías. Sabe que lloverá antes de que se haga de noche y que el agua ahuecará la tierra. No le molesta la lluvia. No le molesta que los días se parezcan tanto unos a otros.

El tiempo es algo que todavía no tiene muy claro. El hombre que le puso su primera chaqueta y la relleno de paja tenía el pelo negro y después, blanco. Venía todos los días a la huerta y a veces hablaba en voz alta pensando que hablaba solo sin saber que hablaba con él. El hombre que le puso su primera chaqueta ya no viene a la huerta y eso debe de ser el tiempo. El hijo de ese hombre tuvo un hijo que tuvo un hijo que tuvo un hijo que antes tenía el pelo negro y ahora tiene el pelo blanco. El hijo de ese hombre, que antes jugaba a cazar grillos con una pajita, ahora tiene hijos muy rubios que pisan las flores sin querer y que a veces lo miran como si fuera una criatura incomprensible, un ángel de paja a punto de extender las alas. Otras veces le tocan un brazo con un palo o le meten las manos en los bolsillos. El hombre que antes era niño y jugaba a cazar grillos con una pajita le puso un sombrero nuevo y

una chaqueta nueva, le rellenó un brazo que se le había vaciado de paja. Su padre ya no viene a la huerta y eso debe de ser el tiempo.

Lo que recuerda: fresas maduras, hormigas, saltamontes, un golpe de viento que le roba el sombrero, gladiolos, niños persiguiendo lagartijas o salpicando en la canaleta mientras el padre llena un caldero de ciruelas, manos que le cambian el sombrero o la chaqueta, crisantemos, veneno azul para las malas hierbas, la niebla del tardío, árboles desnudos, los cencerros de las ovejas, la nieve que cubre la huerta entera, el tacto rígido de la chaqueta después de una helada, el terror de la primera noche, el alivio del primer amanecer, un rayo que cae sobre un manzano seco envolviéndolo en llamas rojas y naranjas y eso es el fuego.

Lo que recuerda empieza una mañana de verano. La luz del sol, brillante y cegadora, las manos ásperas del hombre que le puso un sombrero y lo vistió con una chaqueta vieja, que se alejó un poco para mirarlo y dijo algo que no comprendió. Árboles y surcos de tierra oscura. Al principio pensó que también a él le brotarían de los brazos frutos redondos y brillantes. Ahora sabe que los árboles son árboles y los tomates tomates y que la huerta que habita solo es una parte del mundo.

A veces sonrío cuando no lo ve nadie.

A veces se pasa toda la tarde mirando el cielo, buscando nubes que parezcan mariposas o nubes que parezcan sombreros. O espía a esas extrañas criaturas que se posan en las ramas de los árboles y vuelan como los insectos y nunca se le acercan. O canturrea canciones que les ha oído cantar a los niños cuando vienen a la huerta. *Caracol-col-col, saca los cuernos al sol...* O saca una de las piedritas que guarda en su bolsillo y prueba la puntería con el madero alto que está detrás del muro y que no es un árbol porque no tiene hojas. A veces, casi nunca, se pone de puntillas y estira el cuello para mirar al otro lado del muro. Por las noches se distrae con las luciérnagas y les inventa nombres a las estrellas sin saber que ya tienen.